

V

Danton, cuyo nombre empezaba entonces á elevarse sobre el comun del vulgo, donde habia adquirido una celebridad harto mezquina hasta entonces, buscó tambien la intimidad de madama Roland. Todos se preguntaban cuál era el secreto del ascendiente progresivo de aquel hombre, de dónde salia, qué era y adónde se encaminaba. Hablábese mucho de su origen, de su primera aparicion en la escena popular y de sus primitivas relaciones con los personajes célebres de la época, buscando todo el mundo en el misterio la causa de su prodigiosa popularidad, que consistia, sin embargo, principalmente en su naturaleza.

Danton no era únicamente uno de esos aventureros de la demagogia, que como Masaniello ó Hebert surgen de entre el hervor de las masas. Este habia nacido en la clase media y salia del corazon de la nacion. Su familia, pura, honrada, propietaria é industrial, de antiguo apellido y de buenas costumbres, estaba establecida en Arcis-sur-Aube, en donde tenia una posesion inmediata al pueblo. Era esta familia de aquellas que, si bien modestas, son muy consideradas, y que teniendo por base de su fortuna y por principal ocupacion el cultivo de los campos, dan, sin embargo, á sus hijos una completa educacion moral y literaria, con la que les preparan para las profesiones liberales de la sociedad. El padre de Danton habia muerto jóven, y su madre se habia casado en segundas nupcias con un sujeto del mismo pueblo que poseia y dirigia por sí una pequeña fábrica de tejidos. En ésta, situada á orillas del rio fuera del pueblo, fué en donde Danton pasó sus primeros años.

Su padrastro, llamado Mr. Ricordin, cuidó de su educacion cual si hubiese sido hijo suyo. El niño era despejado, y aunque revoltoso y feo, era muy amado de su familia, tanto porque se descubria en él una gran inteligencia á traves de su fealdad, como porque en medio de sus travesuras, una caricia de su madre, por insignificante que fuese, bastaba á contenerle y hacerle arrepentirse de ellas. Hizo sus estudios en Troyes, capital de la Champaña, y aunque desaplicado é insubordinado, era querido de sus maestros y de sus condiscípulos, porque su rápida comprension suplia en él á la aplicacion. Su instinto le hacía innecesario el reflexionar, y puede decirse de él que sin aprender nada, lo adivinaba todo. Sus compañeros le llamaban Catilina, nombre que él aceptaba, y cuando jugaba con los demas á las sediciones y á los alborotos que él mismo suscitaba ó calmaba con sus arengas, parecia que estaba aprendiendo en la escuela los papeles que era llamado á desempeñar durante su vida.

Sus padres, avanzados ya en edad, le habian entregado los módicos bienes de su padre en cuanto habia concluido su educacion. Dueño de su patrimonio, fué á Paris á acabar de estudiar leyes, y luego compró una plaza de abogado en el parlamento. Mirando con desprecio los enredos y sutilezas del foro, ejerció poco tiempo su profesion, y eso con escaso lucimiento. Su alma y su palabra tenian las proporciones de las dos grandes causas del trono y del pueblo, comenzadas á agitar entonces por la Asamblea constituyente, y en las que Danton estaba impaciente por mezclarse. Buscando con afán á los hombres cuyas palabras conmovian á Francia, se unió á Mirabeau y estrechó relaciones con Camilo Desmoulins, Marat, Robes-

pierre, Petion, Brune, que luego fué mariscal; Fabre d'Eglantine, el duque de Orleans, Lacroix, y finalmente con todos los agitadores ilustres ó subalternos que pululaban entonces en Paris. Pasaba el dia en las tribunas de la Asamblea, en los paseos y en los cafés, y la noche en los clubs. Pronto se hizo notable por algunas ocurrencias felices, por algunas breves arengas, por alguno que otro rayo de luz misterioso, y principalmente por su cabellera, semejante á la melena de un leon, por su voz de trueno y por su estatura gigantesca. Pero bajo las cualidades meramente físicas del orador, los hombres de talento vieron en él un gran fondo de buen sentido y un conocimiento instintivo del corazon humano; bajo el agitador presintieron el hombre político. En efecto, Danton leia continuamente la historia, se aplicaba á imitar á los oradores antiguos, y se ejercitaba en la verdadera elocuencia, que es la que ilustra apasionando, porque premeditaba que habia de desempeñar un papel muy superior al que estaba desempeñando. El no le pedia otra cosa al movimiento sino que le levantase lo bastante para que él pudiera dominarle en seguida.

Casóse al cabo de poco con la hija de un botillero, que con su cariño fué apartándole poco á poco de la vida desordenada que habia tenido de soltero, logrando que su conducta mejorase sensiblemente y extinguiendo en él todas las pasiones, excepto la de la ambicion de un gran destino. Vivia Danton en un cuartito retirado y en una estudiosa medianía, sin recibir en su casa sino un corto número de amigos, admiradores de su talento y unidos á su fortuna. Los que asistian con más frecuencia á aquella modesta habitacion eran Camilo Desmoulins, Petion y Brune. De sus conciliábulos salia la señal para todas las grandes conmociones. El oro que prodigaba la corte secretamente para obtener los fines que se proponia fué á tentar al jefe de la juventud revolucionaria, que no lo rehusó y supo hacerle servir para excitar y calmar á la vez las agitaciones de la opinion. De este matrimonio tuvo dos hijos que quedaron huérfanos casi en la cuna, y que en cuanto murió tomaron posesion de aquella módica herencia, que consistia en la hacienda de que hemos hablado anteriormente. Estos dos hijos de Danton, asustados del ruido que ha metido su apellido, viven aún retirados en una casa de campo que cultivan por sus propias manos, reuniendo en sí, en una honrada y laboriosa oscuridad, toda la fama de su padre. Semejantes al hijo de Cromwell, han preferido vivir ignorados á brillar tan fatal y borrascosamente como habia vivido aquél, manteniéndose célibes para que su apellido concluya en ellos.

En la época de que íbamos hablando hace poco, Danton, á quien sus instintos ambiciosos revelaban el próximo cambio de fortuna de los girondinos, trataba de adherirse á este nuevo partido y de darle la impresion de su valor é importancia. Madama Roland le acariciaba, pero con aquel temor y repugnancia con que se hace fiestas á un leon:

VI

En tanto que los girondinos avivaban la ira del pueblo contra el rey, daban principio las hostilidades en Bélgica por unos reveses que, aunque se achacaban á la corte, eran debidos á las tres causas que diremos: primera, la indecision de los generales, que no supieron dar á sus tropas ese ímpetu que hace huir á las masas y que intimida á los que las resisten; segunda, la desorganizacion de los ejércitos,

á quienes la emigracion habia arrebatado sus antiguos oficiales, y que todavía no tenían suficiente confianza en los nuevos; tercera y última, la indisciplina que los clubs y los jacobinos fomentaban en los cuerpos, y que es el elemento principal de las revoluciones. Un ejército que discute es igual á una mano que quisiese pensar.

Lafayette, en vez de marchar desde luégo sobre Namur, segun disponia el plan de Dumouriez, perdió un tiempo precioso en reunir y organizar su ejército en Givet y en el campo de Ransenne. Lafayette, en vez de dar á los demas generales que estaban como él en primera línea el ejemplo y la señal de la victoria ocupando á Namur, recorrió el país con diez mil hombres, dejando el resto de sus fuerzas acantonadas en Francia, y replegándose al saber las derrotas sufridas por Biron y por Teobaldo Dillon. Estas derrotas fueron vergonzosas para nuestras tropas, pero parciales y pasajeras, y deben achacarse á la sorpresa de un ejército no acostumbrado aún á la guerra, que se asustaba al tener que lidiar contra toda Europa, pero que no tardó en hacerse aguerrido, como le sucede en campaña á todo soldado bisoño.

El duque de Lauzun, segundo de Lafayette, era conocido bajo el nombre de general Biron. Este cortesano jóven, hermoso y caballero se habia pasado con sinceridad al partido del pueblo, y dotado de aquella jovialidad intrépida que juega con la muerte, llevaba el honor aristocrático á las filas republicanas. Amado de los soldados, adorado de las mujeres, familiar en su trato en los campos, y cortesano galante, pertenecia á aquella escuela de vicios ruidosos de que el mariscal Richelieu habia sido tipo en Francia en sus tiempos. No faltaba quien dijese que la reina le habia amado, y que no habia podido fijar su inconstancia. Amigo del duque de Orleans y compañero de sus desórdenes, jamás se habia unido á él para conspirar, porque odiaba la perfidia y detestaba toda bajeza. Este personaje adoptaba la revolucion como una idea noble de la que queria ser soldado voluntario, pero nunca cómplice. No hizo traicion al rey, y siempre conservó cierta compasiva ternura hácia la reina. Apasionado por la filosofía y por la libertad, en vez de fomentar ambas cosas en las facciones, las defendia en la guerra, trocando su adhesión á los reyes en una adhesión leal á la patria. Esta noble causa y las tristezas trágicas de la revolucion dieron á su alma un temple varonil y le hicieron combatir y morir con la conciencia de un héroe.

Hallábase acampado con diez mil hombres en Quievrain, desde cuyo punto se dirigió contra el general austriaco Beaulieu, que ocupaba las alturas de Mons con un corto ejército. Dos regimientos de dragones que formaban la vanguardia de Biron, sobrecogidos de un terror pánico en cuanto descubrieron al enemigo, empezaron á dar el grito de traicion, y por más esfuerzos que hicieron los oficiales para contenerlos, no pudieron impedir que volviesen grupas y que sembrasen el miedo y el desorden en todas las demas columnas. Todo el ejército se desbandó y siguió maquinalmente á los fugitivos. Biron y sus ayudantes de campo se lanzaron en medio de aquellos soldados por ver si podian detenerlos y hacer que volviesen á entrar en formacion; pero fueron atropellados y pisoteados por ellos, y aún les dispararon algunos tiros. La caja militar y el equipaje del general, todo fué saqueado por los fugitivos.

Miéntas esta derrota sin combate cubria de humillacion al ejército frances en Quievrain, al empezar las operaciones, nuevos asesinatos ensangrentaban nuestra bandera en Lille. El general Dillon habia salido de este punto con tres mil hom-

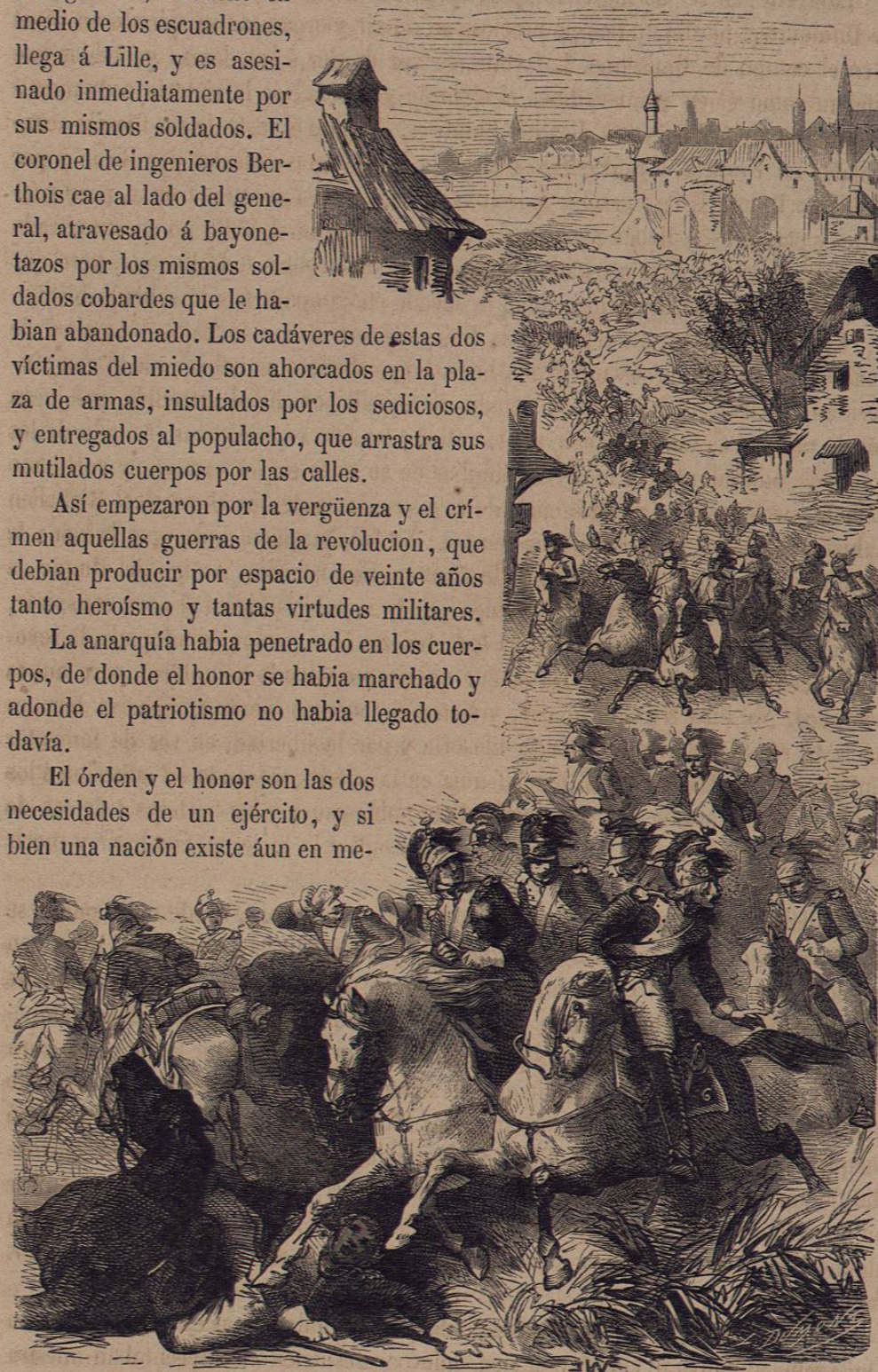
bres, dirigiéndose sobre Tournay. A poca distancia de aquella ciudad, el enemigo aparece en la llanura en número de novecientos hombres. Sin más que verle, da nuestra caballería el grito de traicion, atropella la infantería y huye hasta Lille sin que nadie la persiga, dejando abandonada la artillería, los carros y bagajes. El mismo general, envuelto en

medio de los escuadrones, llega á Lille, y es asesinado inmediatamente por sus mismos soldados. El coronel de ingenieros Berthois cae al lado del general, atravesado á bayonetazos por los mismos soldados cobardes que le habian abandonado. Los cadáveres de estas dos víctimas del miedo son ahorcados en la plaza de armas, insultados por los sediciosos, y entregados al populacho, que arrastra sus mutilados cuerpos por las calles.

Así empezaron por la vergüenza y el crimen aquellas guerras de la revolucion, que debian producir por espacio de veinte años tanto heroísmo y tantas virtudes militares.

La anarquía habia penetrado en los cuerpos, de donde el honor se habia marchado y adonde el patriotismo no habia llegado todavía.

El orden y el honor son las dos necesidades de un ejército, y si bien una nación existe aún en me-



Pánico de los dragones delante de Mons.—Pág. 376.

dio de la anarquía, los ejércitos perecen en cuanto se introduce en ellos la indisciplina y la insubordinación.

VII

Todo París se consternó al saber esta noticia, la Asamblea se turbó, los girondinos temblaron, y los jacobinos empezaron á vomitar imprecaciones contra los traidores. Las cortes extranjeras no dudaron ya que iban á triunfar, con sólo hacer algunas marchas, de una revolucion que tenia miedo de su sombra. Lafayette, aunque intacto, se retiró prudentemente sobre Givet. Rochambeau hizo dimision del mando del ejército del Norte, y el mariscal Luckner le reemplazó. Lafayette, aunque descontento al ver lo que acabamos de decir, permaneció, sin embargo, al frente del ejército del centro.

Tenia Luckner más de setenta años, pero conservaba el fuego y la actividad del guerrero, faltándole sólo el genio para ser un gran general. Se le habia dado tal reputacion que no habia otra que se le igualase, en lo cual habia más condescendencia que verdad. Para un general es una ventaja en cualquier país el ser extranjero, porque nadie le envidia, se le perdona su superioridad, y aun cuando no la tenga, se le supone para perjudicar á sus rivales. Tal era el estado del anciano Luckner. Este hombre era alemán, discípulo de Federico el Grande, y como jefe de vanguardia se habia distinguido en la guerra de los Siete años, en la época en que Federico cambiaba el modo de hacerla creando su nueva táctica. El duque de Choiseul quiso quitar á Prusia un general de aquella grande escuela, para que enseñase el arte moderno de los combates á los generales franceses. En consecuencia, habia arrancado á Luckner de su patria á fuerza de promesas, de bienes y de honores. La Asamblea nacional, por respeto á la memoria del rey filósofo, habia dejado á Luckner la pension de sesenta mil francos que se le daba ántes de la revolucion. Luckner, indiferente á las constituciones, se habia creído revolucionario por reconocimiento, y era casi el único de los antiguos oficiales generales que no hubiese emigrado. Rodeado de un brillante estado mayor de jóvenes oficiales del partido de Lafayette, entre los que se contaban Carlos Lameth, Jarri y Matéo de Montmorency, creia buenamente que eran suyas las opiniones que aquéllos trataban de infundirle. El rey le acariciaba, la Asamblea le adulaba y el ejército le tenia respeto. La nacion veia en él el genio misterioso de la antigua guerra que venía á dar lecciones de victoria al patriotismo inexperto de la revolucion, ocultando infinitos recursos bajo la aspereza de su frente y el oscuro germanismo de su lengua. En todas partes le tributaban homenajes como al dios desconocido. Ni merecia éstos ni los ultrajes de que más tarde se le llenó. Este hombre no era más que un valiente soldado, que estaba tan fuera de su centro en las cortes como en los clubs. Un cuanto tiempo fué el ídolo, y despues se convirtió en juguete de los jacobinos, que le llevaron finalmente al cadalso, sin que él mismo pudiese comprender ni su popularidad ni su crimen.

Berthier, que fué luégo el brazo derecho de Napoleon, era entónces jefe de estado mayor de Luckner. Este general habia concebido, en fuerza del instinto de la guerra, el plan atrevido de Dumouriez, y á la cabeza de veintidos mil hombres habia penetrado en Courtray y en Menin, pueblos pertenecientes ya al Austria. Biron y Valence, sus dos tenientes, le instaban á que permaneciese allí, y Dumou-

riez le decia lo mismo en sus cartas. Al llegar á Lille, supo Dumouriez que Luckner habia retrocedido de repente hácia Valenciennes, despues de haber quemado los arrabales de Courtray, dando con esto en todas nuestras fronteras la señal de la indecision y de la retirada.

Las poblaciones belgas, comprimidas en su ímpetu por aquellos desastres ó por la timidez de Francia, perdian la esperanza é iban doblándose bajo el yugo austriaco. En las fronteras iba creciendo la alarma y estrechándose todo cada vez más. El general Montesquiou reunia á duras penas el ejército del Mediodía. El rey de Cerdeña agrupaba fuerzas considerables sobre el Var. La vanguardia de Lafayette, apostada en Gliswel, á una legua de Maubeuge, era batida por el duque de Saxe-Teschen, que tenia á sus órdenes doce mil hombres, y el duque de Brunswick se disponia á invadir la Champaña. La emigracion se llevaba los oficiales y la desercion diezaba nuestros soldados. Los clubs trabajaban para que se desconfiase de los que mandaban nuestras plazas fuertes. Los girondinos incitaban al motin, los jacobinos introducian la anarquía en el ejército, los voluntarios no se levantaban, el ministerio era nulo, y el comité austriaco de las Tullerías estaba en correspondencia con las potencias, no para vender la nacion, sino para salvar las vidas del rey y de su familia.

Un gobierno sospechoso, una Asamblea hostil, unos clubs sediciosos, una guardia nacional acobardada y privada de su jefe, un periodismo incendiario, unas conspiraciones sordas, una municipalidad facciosa, un corregidor que conspiraba, un pueblo receloso y hambriento, un Robespierre y un Brissot, un Vergniaud y un Danton, es decir, los girondinos y los jacobinos unos frente de otros, disputándose la misma presa, que era la monarquía, y rivalizando en demagogia por captarse el favor del pueblo; tal era el cuadro que ofrecia Francia dentro y fuera de ella en el momento precisamente en que una guerra extranjera iba á apurarla por todas partes y á hacer que estallasen en ella nuevos crímenes al par de brillantes hazañas. Los girondinos y jacobinos, unidos por un momento, suspendian su animosidad como para derribar en competencia la débil Constitucion que los separaba. El paisanaje, personificado en los fuldenses, en Lafayette y en la guardia nacional, era el único que permanecia adicto á la Constitucion. La Gironda reclamaba el apoyo del pueblo contra el rey desde lo alto de la tribuna, así como andando el tiempo debia reclamar inútilmente su favor para salvar á aquel desventurado monarca de manos de los jacobinos. Brissot, Roland y Petion sublevaban esas capitales de la miseria y de la sedicion conocidas bajo el nombre de arrabales, con el intento de dominar con ellos la ciudad. Cuantas veces se remueve hasta en sus últimos cimientos á un pueblo encenagado por largo tiempo en la ignorancia, salen de allí monstruos y héroes, prodigios de crimen y prodigios de virtud. Esto es lo que iba á verse aparecer bajo la conjuracion aunada de los girondinos y demagogos.